

ENTRE EL DESENCANTO Y LA POSMODERNIDAD: UN ANÁLISIS DE *SUEÑO DE LOBOS*

Michael Handelsman

Los últimos treinta años en el Ecuador marcan una época convulsiva en todos los contextos socioculturales. Se abre el panorama nacional con la actitud contestataria e iconoclasta de la joven intelectualidad de los sesenta que puso en tela de juicio gran parte de los valores consagrados de una cultura más colonial que nacional.¹ Al salir de esa década tan prometedora e idealista respecto a las posibilidades de realizar profundas transformaciones sociales, el país entró en un período dominado por una dictadura militar y un *boom* petrolero que creó una imagen nacional ilusoria de progreso y riqueza. Los petrodólares, el crecimiento de una nueva clase de jóvenes tecnócratas y la aparente modernización de centros urbanos alejaron a los ecuatorianos de sus preocupaciones revolucionarias anteriores y los acercaron a una nueva época (es decir, a los años ochenta) caracterizada por la deuda externa y un gobierno reaccionario que representó un viraje de 180 grados de aquella época en que se había soñado con el Nuevo Hombre. Concretamente, como ha puntualizado Fernando Tinajero:

La dictadura del general Rodríguez Lara... completó el panorama del desencanto... por crear otra vez una bonanza económica ilusoria que sirvió para dar renovado impulso a la clase media aprovechadora y arribista. Atrás quedaban las turbulencias de los años sesenta, que podían ser fácilmente olvidadas por la euforia de un alegre consumo, mediante el cual el sueño revolucionario era rápidamente desplazado por el grotesco remedo de los modelos de vida que proponían las pantallas de los televisores recién estrenados. Como por arte de magia... una nueva sociedad parecía brotar de los pozos petroleros, y sus ruidos de fiesta prolongada apagaban no sólo el lamento de los campesinos expulsados de su tierra para formar enormes contingentes

1. Para más detalles sobre los jóvenes intelectuales de los sesenta en el Ecuador, véanse mis estudios sobre los tzántzicos y el Frente Cultural en *Incursiones en el mundo literario del Ecuador*, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 1987.

marginales que provocaron el crecimiento explosivo de las principales ciudades, sino también los últimos ecos de la retórica «contestataria».²

La palabra clave de esta cita de Tinajero es la del desencanto ya que anuncia una actitud que ha permeado el pensamiento y la obra cultural de no pocos intelectuales del Ecuador en estos últimos años. De hecho, «desde el 13 de noviembre de 1966, la exaltación que comenzó en 1962... [ha] sido sustituida por el claroscuro del desencanto, en el que la poca luz ganada sólo servía para iluminar a medias una verdad dolorosa: que la revolución no se hace con poemas, aunque ellos puedan nacer de un proceso revolucionario. Ese desencanto estaba llamado a convertirse en el carácter más acusado de la cultura ecuatoriana de los veinte años siguientes...» (Tinajero, 1988: 804-805). Aunque novelas como *El desencuentro* (1976) del mismo Fernando Tinajero, *Ciudad de invierno* (1979) de Abdón Ubidia y *Teoría del desencanto* (1985) de Raúl Pérez constituyen hitos narrativos del mencionado desencanto, sería una simplificación reducir el fenómeno a un plano meramente literario. John Martz ha señalado que, desde 1972, «Ecuador has gone through one of the most significant periods of economic growth in her history, yet, so far, this growth has brought little benefit to the average Ecuadorian. The development which has occurred has mainly been 'incrementalist' rather than 'transformationist', continuing and accentuating past trends, rather than achieving radical changes in the social and economic structure. Unearned windfalls rarely bring great happiness, and Ecuador's oil wealth is no exception to this rule».³

Por su parte, Agustín Cueva ha ubicado el desencanto en un contexto político e internacional, resaltando una actitud derrotista general que ha descarrilado a muchos de los más revolucionarios de los años sesenta. Cueva observa que «resulta evidente que a estas alturas de la historia la 'gauche divine', como la llama Manuel Caballero, ha dado un viraje de ciento ochenta grados, pretextando su desencanto de no encontrar revolución alguna que colme sus exquisitas aspiraciones. Incendiaros de ayer, bomberos de hoy: diez años después del famoso 1968

-
2. Fernando Tinajero, «Rupturas, desencantos y esperanzas (cultura y sociedad en el Ecuador: 1960-1985)», *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh), 144-145 (julio-diciembre de 1988); 805-806.
 3. John Martz, *Politics and Petroleum in Ecuador*, New Brunswick, Transaction Books, 1987, p.389-390: «Aunque el Ecuador ha experimentado una de sus épocas históricas de más importancia en cuanto a su crecimiento económico, hasta ahora este crecimiento ha traído pocos beneficios al ecuatoriano común. El desarrollo que ha ocurrido ha sido primordialmente 'incrementalista' en vez de 'transformacional', y es así que ha continuado e intensificado tendencias anteriores en vez de haber logrado cambios radicales en la estructura socioeconómica. Bonanzas inesperadas rara vez producen la felicidad, y la riqueza del petróleo en el Ecuador no es ninguna excepción a esta regla. (Puesto que no soy traductor, esta traducción mía —y las otras que siguen en este trabajo— no pretenden ser más que una aproximación a la versión originalmente escrita en inglés).

francés nada quedaba del espíritu 'contestario' de entonces». ⁴

Para Cueva, el desencanto es parte de un proceso general de derechización que comenzó con fuerza a mediados de los setenta y se estableció como el orden «legítimo» y hasta «natural» de los ochenta. Conceptos económicos neoliberales, la privatización y el consecuente desmantelamiento de estructuras estatales previamente encargadas de programas del bienestar lograron desarticular una concepción revolucionaria del mundo. Por eso, Cueva comenta que «la denominada «vía democrática al socialismo» termina convirtiéndose en un elegante entierro no solo de la idea de revolución, sino de los propios partidos que han renunciado a ella» (Cueva, 1987: 30). Más concretamente, el mismo Cueva ha constatado que «la verdad es que en los cinco años que van de 1974-1979, todo ha cambiado dramáticamente en Europa y Estados Unidos, imponiéndose un conservadurismo cada vez más beligerante. En 1979, se produce justamente el triunfo de los conservadores en Inglaterra, con la consiguiente nominación de Margaret Thatcher [...] Pero es sólo la punta del *iceberg* que se verá emerger completamente en 1980, con el abrumador triunfo de Ronald Reagan» (Cueva, 1987: 31).

Implícita en toda la argumentación de Cueva y de otros intelectuales que han denunciado el desencanto como una actitud reaccionaria y llorona, está la convicción de que urge seguir la lucha contra el paradigma capitalista burgués de Europa Occidental y de Estados Unidos. Por consiguiente, Cueva ha insistido: «Pese a las reiteradas exhortaciones a que nos «civilicemos» e ingresemos definitivamente en la «pos-modernidad», la inmensa mayoría de los intelectuales latinoamericanos no hemos renunciado a una visión prometeana del mundo ni renegado de lo mejor de nuestra tradición jacobina, libertaria, antimperialista e incluso leninista» (Cueva, 1987: 35).

La referencia a la posmodernidad en el comentario de Cueva que acabo de citar introduce una nueva dimensión del desencanto, y es precisamente esa que pienso analizar aquí. Aunque parezca extraño que uno se refiera al Ecuador —o América Latina— en términos de la posmodernidad, especialmente si tomamos en cuenta que una importante parte de la crítica literaria actual sigue indagando la naturaleza compleja del vanguardismo y la modernidad, estoy convencido de que el desencanto sentido en el Ecuador durante los últimos años ha sido más bien el producto de una crisis general occidental de la posmodernidad. Pero, primero, precisemos algunos términos y conceptos sobre la modernidad y la posmodernidad.

Entiendo por modernidad toda aquella duda hiperbólica que pone en suspenso a la tradición que comienza con Descartes e implica una postura de

4. Agustín Cueva, editor, *Tiempos conservadores: América Latina y la derechización de Occidente*, Quito, Editorial El Conejo, 1987, p. 29.

cuestionamiento y criticidad continua.⁵ En lo que se refiere a la literatura, las diversas manifestaciones vanguardistas han constituido la eclosión de la modernidad. Al romper toda noción de cánones sagrados y absolutos, los pensadores modernos transformaron una visión unívoca tradicional en una concepción pluralista y heterogénea. Se llegó a la conclusión de que en vez de haber una Verdad absoluta, había muchas verdades contradictorias y en abierta oposición entre sí. Pese a esta fracturación filosófica/cultural, sin embargo, la heterogeneidad moderna era comprensible ya que cada sistema o concepción tenía características y parámetros concretos y propios. Mientras el futurismo, el surrealismo, el expresionismo y el dadaísmo, por ejemplo, rompieron el orden tradicional, cada expresión vanguardista/moderna desarrolló su propio orden dentro de la gran modernidad.

A diferencia de esta heterogeneidad pluralista y sistemática de la modernidad, la posmodernidad se caracteriza por una heterogeneidad totalmente asistemática.⁶ Ya no hay deslindamientos entre diferentes «ismos», sean estos artísticos o filosóficos. Por lo tanto, si bien la actitud contestataria moderna contenía una fe en llegar a una nueva comprensión del mundo, la fragmentación posmoderna parece burlarse de toda noción de orden ya que todo es una mera interpretación (una hermenéutica) o, si se quiere, una ficción. Esta misma distinción es la que destaca G. B. Madison al escribir:

The two great theoretical by-products of modern epistemologically centered philosophy which places all the emphasis on method (as opposed to insight [noesis], as in the case of the ancient metaphysics of presence), are the notions of subjectivity and a fully objective, determinate world—the essential business of the «knowing subject» («man») being that of forming true «representations» of so-called objective reality. The end of modernism means, accordingly, the end of epistemologically centered philosophy [...] It means the end of what modernism understood by «the subject», and it means as well the end of the «objective world» (a world which is fully what it is in itself and which simply waits around for a cognizing subject to come along and form a «mental representation» of it).⁷

-
5. La bibliografía sobre la modernidad es extensa. Señalo como fuente primordial Matei Calinescu, *Five Faces of Modernity*, Durham, Duke University Press, 1987.
 6. Agradezco a mi colega Oscar Rivera-Rodas quien me ha ayudado a conceptualizar algunas de las diferencias entre modernidad y posmodernidad.
 7. G.B. Madison, *The Hermeneutics of Postmodernity*, Bloomington, Indiana University Press, 1988, p.x: «Los dos grandes resultados teóricos de la filosofía moderna epistemológica que pone todo énfasis en el método (en vez de la aprehensión intelectual [noesis], como en el caso de la antigua metafísica de la presencia), son las nociones de la subjetividad y un mundo plenamente objetivo y determinado—el asunto esencial del 'sujeto del saber' ('el hombre') siendo el de formular verdaderas 'representaciones' de la llamada realidad objetiva. De modo que el final del modernismo significa el final de la filosofía epistemológica... significa el final de lo que el modernismo entendió por 'el sujeto', y también significa el final del 'mundo

Nociones similares, por otra parte, ha publicado una revista ecuatoriana de 1988: «Hoy en día ha desaparecido el optimismo iluminista acerca de la convergencia de ciencia, moral y arte para lograr el control de las fuerzas naturales, el progreso social y la felicidad de la humanidad. La reconciliación de lo bueno, lo verdadero y lo bello aparece como una ilusión de la modernidad. El desencantamiento con esa ilusión sería la posmodernidad: la diferenciación de las distintas racionalidades es vista como una escisión».⁸

En América Latina, donde todavía se esperan soluciones innovadoras a un sinnúmero de problemas sociales que impiden el pleno desarrollo de una vida decente y justa para millones de latinoamericanos, interpretaciones parciales acerca de la posmodernidad amenazan con conducir a ciertos pensadores a la conclusión de que todo intento de resolver los problemas o de explicar las condiciones en que se vive es poco más que un juego de futilidades. En parte, es esta resignación la que ha producido el desencanto en algunos círculos del Ecuador. Junto a la desilusión provocada por el fracaso de los sueños revolucionarios de los sesenta, hemos de señalar que una «primera dimensión del desencanto posmoderno es la pérdida de fe en que exista una teoría que posea la clave para entender el proceso social en su totalidad» (Lechner, 1988: 51). De modo que, en lugar de comportamientos contestatarios, el desencanto «engendra hastío y nos acosa la fatiga» (Lechner, 1988: 56).

Este mismo hastío es lo que caracteriza a importantes novelas ecuatorianas contemporáneas como *El desencuentro*, *Ciudad de invierno* y *Teoría del desencanto*, ya mencionadas en líneas anteriores. Jóvenes intelectuales iconoclastas de los sesenta se ahogan y se asfixian en su desencanto no solamente por sus proyectos fracasados de un ayer revolucionario, sino también por su incapacidad de crear otros nuevos. De ahí que se ha observado que «El desencanto posmoderno contempla... un doble desafío, nos invita: 1) a repensar el proyecto de la modernidad y para ello, 2) hacer hincapié en la articulación de las diferencias sociales. Lo que nos propone... es invertir nuestro enfoque: en lugar de preguntarnos, a partir de una unidad supuestamente dada, cuánta pluralidad soportamos, la llamada 'posmodernidad' consiste en asumir la heterogeneidad social como un valor e interrogamos por su articulación como orden colectivo» (Lechner, 1988: 55). Lo más preocupante y lamentable de los personajes desencantados de las novelas ecuatorianas citadas arriba es, sin embargo, el estado de inercia en que se han hundido, garantizando el triunfo de la vieja guardia reaccionaria del Ecuador (y de todos los países latinoamericanos) cuya concepción

objetivo' (un mundo que es lo que es de por sí y que simplemente espera que un sujeto venga a formular una 'representación mental' de ello).

8. Norbert Lechner, «Un desencanto llamado postmodernismo», *Nartz del diablo* (Quito), 11 (agosto 1988); 51.

del mundo está arraigada en la clásica homogeneización que nutre, a fin de cuentas, el racismo, el sexismo y el colonialismo.

Pero la posmodernidad bien entendida no ha de sugerir resignación o futilidad. Más bien, su insistencia en la heterogeneidad debe estimular la creación de nuevos proyectos cuya articulación se marcará por una amplia base colectiva y popular en constante evolución. Al recordar la hermenéutica de Gadamer, quien postuló que toda comprensión es interpretación, G.B. Madison ha señalado que «Understanding must not... be conceived of 'epistemologically', as the 'correct' representation of some 'objective' state of affairs. It is not so much reproductive as it is productive, transformative...».⁹ Es decir, frente a una tendencia de caer en la indecisión al confrontar las múltiples posibilidades del pensamiento que se nos presentan, Madison contrasta la noción deconstruccionista de *undecidability* con la noción hermenéutica de *inexhaustibility*: «In contrast to deconstruction, hermeneutics maintains that there is always the possibility of meaning, but, in contrast to logocentrism, it maintains that it is never possible to arrive at a final meaning: 'the discovery of the true meaning of a text or a work of art is never finished; it is in fact an infinite process'. Unlike 'undecidability', 'inexhaustibility' points not to the eternal vanity of all human endeavor but, rather, to the limitless possibility of interrogation, expression, and understanding».¹⁰

De todos los textos de ficción que han tratado el tema del desencanto ecuatoriano, la novela que mejor lo ha manejado con toda su problemática filosófica y social ha sido, hasta la fecha, *Sueño de lobos* (1986) de Abdón Ubidia. Junto con otros textos del desencanto, su rasgo principal es la frustración sentida ante el fracaso de los proyectos revolucionarios de los sesenta y la consecuente enajenación dentro de un mundo modernizado cuyos únicos valores radican en el consumo y la gratificación personal. Lejos de aquella «época de los grandes sueños, de las convulsiones... de los rebeldes, de los aventureros y los guerrilleros míticos. La época... de la arremetida épica de los disconformes»¹¹, Sergio —el protagonista de *Sueño de lobos*— «Ha fatigado ya demasiado su vida con obligaciones tediosas. Si no tuviera deudas, si no tuviera que mantener a su familia, si pudiera liberarse de su empleo, sería el hombre más inofensivo del mundo... Pero Sergio tiene deudas y tiene obligaciones, y un lugar en un mundo

9. «El comprender no ha de concebirse epistemológicamente, como la representación 'acertada' de algún fenómeno 'objetivo'. No es tan reproductivo como es productivo, transformativo...», p. 109.

10. «A diferencia de la deconstrucción, la hermenéutica sostiene que hay siempre la posibilidad de un significado, pero, a diferencia del logocentrismo, sostiene que nunca es posible llegar a un significado definitivo: 'el descubrimiento del verdadero significado de un texto de arte nunca se termina; de hecho, es un proceso infinito.' A diferencia de 'lo no determinado', 'lo inagotable' no apunta hacia la vanidad eterna de todo esfuerzo humano sino a la posibilidad sin límite de interrogación, expresión y comprensión», p. 115.

11. Abdón Ubidia, *Sueño de lobos*, Quito, Editorial El Conejo, 1986, p. 170.

que no le gusta. Por eso transa consigo mismo» (Ubidia, 1986: 66).

La soledad de Sergio se intensifica cada noche mientras él recorre las calles de Quito en busca de alguien que le comprenda, de alguien que sea su alma gemela. Las noches de insomnio constituyen las horas de lucidez para este espíritu deambulante que, en el fondo, busca su «otro» que pertenece a un tiempo y a un espacio lejanos en los cuales la vida de Sergio tenía sentido, dirección y fe. «Lo que pasa es que el insomnio agranda y acerca los detalles del pasado y del presente. Tiene un efecto telescópico y microscópico... sobre la memoria... sobre la conciencia» (Ubidia, 1986: 14). Alejado de la rutina y de los quehaceres diarios, Sergio confronta angustiosamente las contradicciones de su nuevo Quito, producto del espejismo petrolero de los setenta y de la pesadilla fondomonetarista de los ochenta. Según se lee:

La ciudad misma mostraba su disposición a la alegría. Aparte de los flamantes edificios y los pasos a desnivel, había algo nuevo en las caras y en los ademanes de las gentes. El cambio era claro, se modernizaban de prisa... Y todo el mundo parecía no pensar en otra cosa que en comer y beber, bailar y pasear... En cada rincón, en las vitrinas, en los anuncios luminosos (pequeños, sí), estallaba la alegría de los años setentas...

Sin embargo, por detrás del júbilo que corría a raudales por los parques y las plazas, por los supermercados, brillaban en los escaparates y sonaba en las radiodifusoras con un zumbido de guitarras eléctricas, bongós y voces desgarradas, Sergio no dejó de escuchar también una queja, llamémosla póstuma, del Viejo Dios: porque a la par que él hacía amigos, y perseguía secretarías, pensaba también en el ex compañero suyo que permanecía en prisión, cumpliendo una condena de ocho largos años, pero aún imbuido del espíritu heroico que gobernó a buena parte de la juventud de la década anterior, la de los sesentas, cuyo símbolo mayor fue... la imagen del Che Guevara. (Ubidia, 1986: 107-108).

Suspendido entre un pasado idealista y un presente práctico e inmediatista, Sergio intuye que los deseos de ver su mundo (i.e., Quito) en plena modernidad se han hundido en un estado de modernización. Es decir, en vez del soñado Nuevo Mundo con su Nuevo Hombre, Quito se ha convertido en el baluarte de una clase media pequeño burguesa cuyos valores se miden según su rentabilidad.¹²

12. Según Matei Calinescu, «The doctrine of progress, the confidence in the beneficial possibilities of science and technology; the concern with time (a *measurable* time, a time that can be bought and sold and therefore has, like any other commodity, a calculable equivalent in money), the cult of reason, and the ideal of freedom defined within the framework of an abstract humanism, but also the orientation toward pragmatism and the cult of action and success—all have been associated in various degrees... and promoted as key values in the triumphant civilization established by the middle class» (41-42). [«La doctrina del progreso, la confianza en las posibilidades beneficiosas de las ciencias y la tecnología, la preocupación con el tiempo (un tiempo que *se puede medir*, un tiempo que puede comprarse y venderse y, por eso tiene como

Coincidentalmente, Norbert Lechner parece resumir la angustia de Sergio al observar que «Nuestras sociedades desean ser 'modernas', desde luego, pero no confundamos modernidad y modernización. Se trata, recalco, de un desencanto con la modernización y no con la modernidad» (Lechner, 1988: 54).

Frente al fracaso de sus sueños, su soledad y la falta de un ideal que diera sustancia a su vida, Sergio sabe que tiene que actuar, que tiene que desafiar su existencia rutinaria para así, aunque de una manera ilusoria, «escaparse del desamor, del desencanto» (Ubidia, 1986: 135). La resolución a que Sergio llega es la de asaltar un banco, el mismo banco donde él trabaja como empleado asfixiado y anulado. Dicho asalto termina siendo su *raison d'être*, y como Sergio mismo confiesa, «no puede renunciar a él... Pues las causas que me empujaron a decidirlo siguen en pie... La misma asfixia económica. La misma asfixia existencial. Aparte de las viejas deudas con mi pasado, que también cuentan. Cobardías, culpas, rebeliones frustradas, viejos saldos que exigen un ajuste de cuentas para dejarme vivir en paz» (Ubidia, 1986: 167).

No importa que el asalto termine con la muerte de Sergio, ni que su rebelión se haya definido en términos de un acto de delincuencia. Lo que importa es su decisión de no seguir aceptando la resignación y la inacción de su vida. Hasta cierto punto, la decisión de Sergio representa el intento de volver a una época cuya fe revolucionaria y naturaleza contestataria serán esenciales si se espera reformular ciertos proyectos del pasado que, pese a su aparente fracaso, siguen prometiendo aperturas a un nuevo orden social.

Aunque la angustia de Sergio parece ser una manifestación más del hombre moderno enajenado, me parece que *Sueño de lobos* introduce un nuevo elemento en toda la discusión sobre el desencanto contemporáneo ecuatoriano —y hasta latinoamericano—. Sergio no sabe ordenar el caos de su vida asfixiada ya que «sólo puede captar las formas muy concretas de la vida: la alegría, la pena, la felicidad, el dolor» (Ubidia, 1986: 108). A diferencia de otros rebeldes que han rechazado un sistema burgués y mercantilista desde los tiempos de Baudelaire y hasta los de la vanguardia más radical del actual siglo, Sergio se distingue de ellos porque se da cuenta del fracaso de los proyectos supuestamente revolucionarios. Por lo tanto, su desencanto surge del incorformismo y, a la vez, se agudiza por la incapacidad de detener la disolución de su mundo. Si bien es cierto que la actitud vanguardista implica un rechazo rotundo de tales valores tradicionales como el orden y lo inteligible (la modernidad, por excelencia),¹³ las inquietudes de Sergio

cualquier otra mercancía, un equivalente monetario), el culto de la razón, y el ideal de la libertad definido dentro del marco de un humanismo abstracto, pero también la orientación hacia el pragmatismo y el culto de la acción y del éxito, se han promocionado como valores claves en la civilización triunfante establecida por la clase media-].

13. En Lechner: «De una manera amplia, la modernidad misma puede entenderse como una 'cultura de crisis'... Pero no ha de sorprenderse cuando, dentro del contexto amplio de la modernidad, la etiqueta de 'cultura de crisis' se aplica específicamente a la vanguardia. El

parecen insinuar una mentalidad posmoderna —aunque incipiente— que gira en torno a una pregunta que, según G. B. Madison, «seems to be everywhere forcing itself on us today... Is there any possibility or hope that postmodern humanity might discover the way of escaping from the unhappiness which is the result of the rupture between the subjective and the objective, the self and the world... instituting a new era in the history of thought?».¹⁴

Al referirse a Irving Howe, Matei Calinescu en su *Five Faces of Modernity* recuerda:

In Howe's view, the passage from modernism to postmodernism is accounted for by the emergence of a «mass society», in which class distinctions become more blurred than ever in the past; in which 'traditional centers of authority, like the family, tend to lose some of their binding power upon human beings; in which passivity becomes the general social attitude and man is transformed into a consumer, himself mass-produced like the products, diversions, and values that he absorbs.» Postmodern novelists were confronted with the historically new difficulty of giving «shape to a world increasingly shapeless and an experience increasingly fluid».¹⁵

Para los propósitos del presente estudio sobre *Sueño de lobos* y el desencanto posmoderno del Ecuador, el comentario de Howe que resalta nuestra condición cosificada dentro de sociedades de consumo es sumamente pertinente ya que todas las características que él asocia con la sociedad de masas se encuentran de una manera u otra en la novela de Ubidia. Aunque el asalto tramado por Sergio ha fracasado, y aunque Ubidia deja a sus lectores con la responsabilidad de planear sus propios asaltos, el mensaje de la novela está claro. No se puede permitir que el desencanto nos hunda en un estado de pasividad o de resignación. La revolución todavía está por hacerse y hay que rechazar la noción, ya denunciada

vanguardista, lejos de estar interesado en la novedad como tal, o en la novedad en general, en realidad trata de descubrir o inventar nuevas formas, aspectos, o posibilidades de crisis. Estéticamente, la actitud vanguardista implica el rechazo más directo de tales ideas tradicionales como las del orden, lo inteligible, y hasta el éxito... el arte ha de convertirse en una experiencia —deliberadamente manejada— del fracaso y de la crisis. Si no existe la crisis, hay que crearla.

14. ... parece estar imponiéndose a nosotros en todas partes hoy día... ¿Hay algunas posibilidad o esperanza de que la humanidad posmoderna descubra la manera de escaparse de la infelicidad que es el resultado de la ruptura entre lo subjetivo y lo objetivo, el yo y el mundo [...] creando una nueva época en la historia del pensamiento?, p. 58.
15. Según Howe, el movimiento del modernismo al posmodernismo se debe a la emergencia de una 'sociedad de masas', en la que distinciones de clases se hacen más borrosas que antes; en la que 'centros tradicionales de autoridad, como la familia, tienden a perder algo de su poder de unión sobre los seres humanos, en la que la pasividad se hace la actitud social general y el hombre se transforma en un consumidor, él mismo producido masificadamente como los productos, los entretenimientos y los valores que él absorbe'. Novelistas posmodernos se vieron obligados ante la dificultad históricamente nueva de dar 'forma a un mundo cada vez más sin forma y una experiencia cada vez más cambiante', p.137.

por Benedetti, de que «la revolución es algo tan inaccesible y tan lejano, que nadie debe caer en la ingenuidad de organizar un asalto». ¹⁶

Consecuente con una larga tradición sincrética, tanto en el Ecuador como en toda América Latina, siguen coexistiendo diversas corrientes socioculturales que hacen difícil todo intento de clasificarlas y periodizarlas. La simultaneidad del realismo, modernismo y naturalismo de fines del siglo XIX parece ser un prelude de la simultaneidad contemporánea marcada por el subdesarrollo, la modernización, la modernidad y la posmodernidad. La heterogeneidad, ora sistemática ora asistemática, que siempre ha constituido el carácter vital y dinámico de América Latina, es precisamente lo que da relevancia a esa región en un mundo posmoderno, cada día más interdependiente y entrelazado. Es así que Lechner ha puntualizado:

El desencanto siempre tiene dos caras: la pérdida de una ilusión y, por lo mismo, una resignificación de la realidad. La dimensión constructiva del desencanto actual radica en el *elogio a la heterogeneidad*. [...] Demasiados años hemos estado denunciando la «heterogeneidad estructural» de América Latina como obstáculo al desarrollo, sin considerar que ella podría fomentar una interacción mucho más densa y rica que la homogeneización anhelada. (Lechner, 1988: 51-52).

En conclusión, *Sueño de lobos* es la historia de un hombre —de una ciudad, de un país, de un mundo— que se encuentra entre la modernidad y la posmodernidad en un estado de confusión y desorientación. Su desencanto es una especie de encrucijada que nos puede conducir a la inercia o a la acción. Pese a su muerte, la resolución de Sergio implica una voz de alerta, un incentivo. Y *Sueño de lobos*, como todo texto metafórico efectivo —según enseña G. B. Madison— encuentra su verdadero sentido en su capacidad de efectuar un cambio de actitud, de dirección y de comprensión en los lectores. «The power of metaphor is performative, not semantic. It changes the subject, directs the subject to a new way of looking at something, effects a new opening into the world» ¹⁷. La acción de Sergio es un recuerdo de que no hay asaltos vanos o equivocados con tal de que la lucha sea por un porvenir más justo y más humano. ▲

16. Nils Castro, *Cultura nacional y liberación*, San José, Universidad de Costa Rica, 1979, p. 132.

17. «El poder de la metáfora es performativa, no semántica. Cambia al sujeto, orienta al sujeto a una nueva manera de mirar algo, efectúa una nueva apertura en el mundo», p. 144.